

“Un gran escritor”



por fr. FRANCESCO DILEO OFM Cap.

Ha tenido una significativa resonancia una expresión pronunciada por el director americano Abel Ferrara en la rueda de prensa, que ha tenido lugar en Monte Sant'Angelo el 10 de diciembre, antes de iniciar la cuarta y última semana del rodaje de su película sobre el Padre Pío. Hablando de las cartas escritas por el futuro Santo a sus directores espirituales, que han formado parte de las fuentes para el guion, Ferrara ha declarado que tales “cartas han sido escritas por un gran escritor, comparable a Baudelaire”. La afirmación, espero, contribuirá a demoler la etiqueta preconfeccionada de quienes han escrito sobre el Padre Pío “de oídas”, según los cuales, el místico Fraile era gruñón y poco erudito. Admitiendo que ni uno ni otro atributo hacen justicia a la verdad, quiero detenerme sobre el “espesor” cultural del Capuchino estigmatizado, que se impone con evidencia a la atención de los que tienen la perseverancia de leer los cuatro volúmenes del Epistolario, a pesar de que el autor no haya cumplido, por motivos de salud, un regular curso de estudios en los conventos donde se ha formado. Desde 1984, el ilustre filólogo, latinista y helenístico napolitano Alfonso D’Errico, en su libro *Padre Pio scrittore*, había evidenciado que el Fraile de Pietrelcina “tuvo una particular predilección por la cultura histórica. Citas frecuentes de personajes históricos se encuentran ya en sus

composiciones escolares. Se sirvió, seguramente, de la *Storia Universale* de Cesare Cantù y leyó la *Historia Universal de la Iglesia Católica* de Rohrbacher en 19 volúmenes. Ciertamente el Padre Pío, por lo menos antes de que sus compromisos se volvieran tan numerosos y agotadores, utilizaba diferentes horas del día para leer: de las citas y reclamos que encontramos en sus cartas podemos deducir con precisión que amaba leer y meditar sobre el Viejo y el Nuevo Testamento, (...) las *Confesiones* de S. Agustín, (...) libros de mística, entre los cuales estaba seguramente, *La introducción a la vida devota y el Tratado del Amor de Dios* de S. Francisco de Sales”. Su instrucción se ha completado, además, con la lectura “de libros ascéticos, en particular de S. Juan de la Cruz y del Directorio ascético de Scaramelli”. Él “no había simplemente leído, sino que además había estudiado de manera profunda, las *Obras espirituales* de S. Juan de la Cruz” (ibídem). Más recientemente, en 2007, en el volumen *Oltre la sapienza di Parola*, mons. Carmelo Pellegrino ha evidenciado “la proximidad de la vida pedagógica del Padre Pío al modelo – Jesús y a la didáctica paulina, poniendo de relieve, sobre todo, su gran cercanía a los problemas concretos de los hombres, al cuidado premuroso y detallado del camino formativo, al buen humor casi “sistemático”, a la apertura mental de las perspectivas pedagógicas, a las llamadas culturales insospechadas”. En mérito a la repercusión de tal cultura en las páginas de

sus cartas, el citado profesor D’Errico, después de haber observado que el Padre Pío tuvo el mérito de articular su lenguaje en base a su estado de ánimo, a los temas tratados y a los destinatarios (cit. *Padre Pio scrittore*), ha testificado que, en el Epistolario, “el tejido de la exposición está frecuentemente salpicado por sugestivas imágenes líricas, auténticos alientos de poesía, unas veces delicadas, otras apasionantes”. Un resultado estilístico no fácil de alcanzar, si se considera que el fondo del contenido de los escritos está constituido por lo inexpresable, ya que “por una parte, está el esfuerzo de entrar en el misterio, de describirlo en su integridad para dar luz a los propios directores, por la otra, está la entrega de aquel misterio a las hijas espirituales, hecha con claridad, serenidad, con palabra inequívoca” (L. Lotti, *L’Epistolario di Padre Pio. Una lettura mistagogica*). A las profundas apreciaciones de autores católicos, lamentablemente confinadas en libros leídos principalmente por estudiosos y especialistas, ahora llega el elogio espontáneo y evidentemente sincero de un famoso director de cine que, por otra parte, se declara “budista practicante, crecido como católico romano”. Espero que esta opinión, no científica, pero ciertamente competente en algunos ámbitos de la cultura laica, pueda contribuir a dar al Padre Pío el justo reconocimiento a sus méritos, también literarios. ❖

© derechos reservados